

## La Crisis Centroamericana y las Responsabilidades de los Centroamericanos

*Rodolfo Cerdas*



*El señor Rodolfo Cerdas, costarricense, es abogado y sociólogo. Realizó estudios de postgrado en la Academia de Ciencias de la URSS. Se doctoró en Sociología en la Universidad René Descartes (Sorbonne) de París. Ha sido Director de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica, profesor visitante del Centro de Estudios Latinoamericanos de St. Anthony's College (Oxford) y profesor investigador del Centro de Investigación y Adiestramiento Politico-Administrativo (CIAPA). Entre sus publicaciones más importantes se encuentra: "La Formación del Estado en Costa Rica".*

### 1. Centroamérica: la imprecisión de un concepto

PARA entender la naturaleza socio-política de los problemas que los pueblos de la América Central deben afrontar, es preciso determinar el carácter y la naturaleza de las sociedades en que les toca desenvolverse.

Tal determinación no es fácil. Porque si bien hay algunos rasgos comunes, como los de subdesarrollo y dependencia, las formas particulares en que los mismos se manifiestan en cada una de las unidades que integran ese concepto borroso de Centro América, no sólo difieren entre sí, sino que alcanzan tal significación política, que exigen un tratamiento particularmente cuidadoso a la hora de acercarse a las realidades de cada sociedad de la América Central.

Comenzando por el concepto mismo de Centro América, resulta casi imposible conciliar los diversos componentes que quieren incluirse en una categoría aparentemente tan clara, pero en realidad tan opaca.

Geográficamente, se habla de Centro América como la porción de tierra situada entre las dos masas que componen el continente americano al norte y al sur; pero en tal caso debería incluirse a Panamá. Sin embargo, no la incluye: se habla de Centro América y Panamá. Además, se estaría incluyendo Belice, que usualmente está fuera del concepto.

Históricamente, América Central se entendería como la porción de países dependientes de la Capitanía General de Guatemala. Así se explicaría la exclusión de Panamá, dependiente del Virreinato de Nueva Granada, y la de Belice, dependiente de la corona británica. Sin embargo, habría que incluir entonces a Chiapas, hoy parte de México.

Económicamente, se referiría a los integrantes del Mercado Común Centroamericano, con economías en proceso de integración y con instituciones comunes orientadas a crear una economía regional integrada. Sin embargo, Honduras no forma parte del Mercomún prácticamente desde sus inicios.

Lingüísticamente tampoco aparece claro el concepto. Y etnológicamente, en atención a las culturas aborígenes, Centro América cede el paso al concepto de Mesoamérica, que incluye a Chiapas y parte de Belice, y Yucatán, y únicamente la zona norte de Costa Rica, excluyendo así prácticamente toda el área de la Meseta Central y zona sur del país.

Por eso se requiere una precisión más clara que, si bien arbitraria en varios sentidos, permita definir con claridad a qué Centroamérica nos estamos refiriendo. Entenderemos por tal el conjunto de sociedades y sistemas sociales y políticos comprendidos en los siguientes cinco países: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

## 2. Cinco repúblicas y ninguna federación en Centro América

Tradicionalmente se ha querido presentar a la América Central como un idílico conjunto de países pequeños que, sin mayor razón de existir cada uno de ellos por separado, dividieron su destino y tomaron rutas separadas por un gravísimo error histórico que, de algún modo y en algún momento, deberá poderse superar en aras de un retorno a la unión que jamás, según este criterio, debió romperse.

Nada más alejado de la realidad. Este criterio olvida que en la formación de las nacionalidades intervienen factores mucho más hondos y radicales que los meramente políticos. Estos, más bien, expresan realidades y tendencias que subyacen en el universo social, económico y cultural que, en determinadas circunstancias, adquieren expresión política propia.

Quizá por eso mismo la experiencia de la América Central, en un momento en el cual la cooperación e integración regionales adquieren visos de ser la

respuesta del futuro para nuestro desarrollo económico integral, constituye un verdadero laboratorio social que debería ser examinado y estudiado con más seriedad y menos emotividad, para aprender de una realidad histórica que resume, en más de un sentido, una larga marcha de la América Latina hacia la independencia y el desarrollo con autonomía y democracia.

¿Cómo explicarse que en tan corto espacio territorial hayan surgido diferencias no sólo de matiz sino fundamentales, en la conformación económica, social, política y cultural de las diversas unidades que la componen? ¿Cómo explicarse que la evolución histórica de sociedades como la costarricense haya sido no sólo distinta sino contradictoria con la de los otros países que integran el istmo? Conviene, quizá, detenerse un poco en esto.

Cuando desde Guatemala la noticia de la independencia bajó hacia el sur y llegó a Costa Rica, dos grupos rivales, que expresaban no sólo orientaciones políticas distintas sino raíces sociales y económicas diferentes, se disputaron el predominio y el control de las recién independizadas provincias. Me refiero a los conservadores y liberales.

Pues bien. Mientras que los conservadores centroamericanos estaban contra la unión de Centro América y eran separatistas, los conservadores costarricenses eran unionistas y estaban por la unión de Centro América.

Los liberales costarricenses eran separatistas y, de hecho, consagraron la separación de Costa Rica de la Federación de Centroamérica, mientras que los liberales centroamericanos eran unionistas y su caudillo, Francisco Morazán, después de enfrentarse a Braulio Carrillo, gran liberal arquitecto del estado de derecho costarricense, cayó fusilado no por fuerzas conservadoras costarricenses, sino por liberales insurrectos contra su política de forzada unión centroamericana.

La historia se repetiría en 1948, cuando el gobierno guatemalteco de Arévalo y Arbenz resultó apoyando la insurrección de Figueres, aliado a lo más conservador del capital costarricense, contra el gobierno de Picado, aliado a un Partido Comunista que haría empalidecer, con su práctica de entonces, al más radical eurocomunista europeo.

¿Por qué se desarrolló en Costa Rica un sistema democrático avanzado, con libertades civiles, reforma social, legalización de sindicatos y garantías sociales, de cara a una Centro América dictatorial, retrógrada, represiva y oligárquico-militarista?

Obviamente no se trata de una cuestión racial o de mérito subjetivo del costarricense. Factores sociales más complejos deben haber intervenido y coadyuvado para que tal fenómeno se diera y calificara, desde tiempo atrás, la evolución de los principales hechos históricos de estos países.

A mi juicio, entre tales factores sociales destacan la particular distribución de los principales factores de producción —tierra, capital y trabajos entre esos países, y la intervención, de diferente manera, de intereses foráneos a la región que influyeron de muy diverso modo en la evolución política de todos ellos.

### 3. Tierra, capital y trabajo en Centro América. La tesis del Dr. Samuel Stone

La diferencia en la disponibilidad de los tres factores de la producción: tierra, capital y trabajo, en el norte y el sur de la América Central, creó cinco diferentes repúblicas, a pesar de que —y esto no debe ser olvidado porque subraya e ilustra el hecho que quiero destacar— fue un puñado de familias hidalgas el que llevó adelante la conquista del istmo.

Como lo ha mostrado el Dr. Samuel Stone, quien participa con nosotros en este seminario, estas familias, estrechamente vinculadas por matrimonio entre ellas, constituyen los troncos comunes de donde provienen las clases dirigentes de nuestros países. Sus antepasados son las mismas familias españolas de conquistadores: Jorge y Pedro de Alvarado, conquistadores de Guatemala y El Salvador, y Juan Vásquez de Coronado, conquistador de Costa Rica y Nicaragua. Otros hombres de familias dirigentes que vienen directamente de los conquistadores son Maestre y Martín del Cerro en Guatemala, Buonafide y Alvarado Estrada en El Salvador, Cuadra y Lacayo en Nicaragua, y Alvarado y Solano en Costa Rica. Fueron éstos y sus descendientes, quienes se repartieron tierras e indios y quienes se vieron colocados, por disposición legal de la corona española, en la condición de dirigentes y jefes de las provincias sometidas.

**... La experiencia de la América Central... constituye un verdadero laboratorio social que debería ser examinado y estudiado con más seriedad y menos emotividad, para aprender de una realidad histórica que resume, en más de un sentido, una larga marcha de la América Latina hacia la independencia y el desarrollo con autonomía y democracia...**

Las condiciones en que debían actuar variaron sustancialmente según se descendía del norte hacia el sur. Porque mientras en el norte de la América Central los factores de producción se encuentran en una abundancia

relativa, comienzan a disminuir conforme descendemos hacia el sur.

Esta diferencia en la disponibilidad de tierra para la producción de productos de exportación, de mano de obra y capital, tuvo consecuencias muy importantes en el ámbito político y una influencia directa en el desarrollo de las formas de gobierno y sistemas políticos en estos países.

En aquellas sociedades donde los tres factores de la producción mencionados no permitían una acumulación realmente significativa de riqueza, ha

habido la tendencia en la clase dirigente tradicional a participar directamente en el gobierno, como es el caso de Costa Rica.

En los países donde los factores de producción han permitido, por su relativa abundancia, una acumulación importante de capital, la clase dirigente ha creado sistemas económicos con una notoria desigualdad extrema en la distribución de la riqueza nacional, y ha creado poderosos ejércitos (tanto militar como políticamente), con el rol definido de mantener la ley y el orden, mientras las clases tradicionales se dedicaban a hacer más y más dinero.

Los sistemas políticos resultantes, por estas razones, han sido muy diferentes entre sí. En el norte, los arreglos con los ejércitos han sido, como norma general, realizados a través de un importante coronel en un acuerdo bajo mesa. Este, como jefe del ejército y en representación de su grupo militar, tendrá la facultad de nombrar su gabinete libremente, excepción hecha de dos ministerios, que históricamente la clase dirigente ha retenido a su disposición: el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministerio de Hacienda, que son escogidos de las filas de las clases dirigentes, ya que en ambos campos ellas necesitan gente en las cuales realmente puedan confiar, para asegurar de tal modo su acceso al mercado internacional y políticas monetarias estables y seguras para sus intereses.

Si bien éste parece ser el estereotipo de la situación tradicional en Guatemala y El Salvador —los acontecimientos de la última década han modificado aspectos del esquema anterior—, un fenómeno distinto se presenta en el caso de Honduras y, según veremos, en el de Nicaragua.

En Honduras encontramos una situación bastante diferente. La principal variante es que en un momento tan temprano como fines del siglo pasado y principios del actual, las familias dominantes tradicionales de Honduras (excepción hecha de las dedicadas a la ganadería), empezaron a perder su dominio sobre la economía en beneficio de inversionistas extranjeros.

Así, cuando pensamos en uno de los principales productos de exportación como el banano, o bien en la tierra, estaremos hablando de la Cuyamel Fruit Co. (ahora United Brands), o bien de la Standard Fruit Co. En otras áreas principales de la economía, nos encontramos a la Rosario Mining Co. en la minería; y por lo que hace el café, cuya importancia ha crecido en los últimos años, se encuentra también en una extensión significativa en manos de inversionistas extranjeros.

Siendo tan fuerte el peso de esos intereses foráneos, como propietarios de la tierra y el capital, en una dimensión tan importante y en un país relativamente pequeño como Honduras; y siendo las compañías propietarias tan grandes y poderosas como lo pueden ser hoy las empresas transnacionales, tales inversiones

se convierten en un factor decisivo en la vida social y política del país. Sus intereses son preponderantes en los asuntos políticos internos y contribuyen, de ese modo, a levantar todas las cuestiones del llamado "national building", formulado por la ciencia política moderna, y a presentar dicho país como sometido a importantes presiones múltiples y contradictorias para la construcción de su propia nacionalidad. La conformación de una fuerza social hegemónica, capaz de resumir en sí y encabezar política e históricamente, la tarea de la construcción y consolidación de Honduras como nación independiente y soberana parece convertirse en una tarea política e histórica prioritaria. Pero eso muestra que Honduras no puede analizarse con los mismos parámetros con que podemos acercarnos a la realidad guatemalteca o salvadoreña, ni puede ser un eje de poder regional.

#### 4. Los distintos sistemas políticos en América Central

En cualquier caso, resulta claro que hasta hace muy poco los ejércitos en los países del norte de Centro América no han mandado, en el sentido verdadero del término. Más bien han sido instruidos sobre lo que deben hacer, en atención a lo que las familias dirigentes han considerado más conveniente para sus propios intereses. Esta situación ha conducido a que la atención de los militares y la distribución del poder estén marcadas por la aprobación proveniente desde arriba, esto es de las clases dirigentes, al margen, y precisamente para lograr la marginación, de las demandas de los otros estratos sociales de la población.

El sistema político así creado ha sido un sistema político cerrado, en el cual las demandas de los ciudadanos eran sistemáticamente rechazadas. La eficiencia de un tal sistema tiende a probarse no por su capacidad de apertura a los requerimientos de las otras clases y grupos sociales de la población, sino más bien por exactamente lo contrario.

Entre menos receptivo a las demandas de los sectores populares, más tranquilidad y paz social tendrán los que mandan y, consecuentemente, más eficiente será el sistema político cerrado así concebido.

En el sur de Centro América, particularmente en el caso de Costa Rica, un país que podría decirse irónicamente ha sido bendecido con una menor parte de factores económicos de la producción, muchos miembros de las familias dirigentes, según hemos dicho, participaron en la actividad política de manera directa —no por delegación en manos de militares—, habida cuenta de las limitaciones que imponía la realidad económica productiva del país, y así desempeñaron importantes puestos en el gobierno. Con ello la lucha política tuvo lugar entre primos, y su competencia política por el poder exigió dos elementos democráticos fundamentales: reglas claras del juego político electoral (leyes e instituciones electorales), y cabida primero, y participación después, a las

demandas y grupos provenientes de otros estratos sociales distintos a los constituidos por las tradicionales familias dominantes.

Todo esto originó en Costa Rica un sistema político abierto, y ha sido una razón importante para el desarrollo de su modo de vida democrático.

Me gustaría ilustrar lo que llevo dicho, para que se vea más claramente cómo ha

operado esto en Centro América. Es importante hacerlo, porque cuando se habla de las 14 familias en El Salvador y de la democrática Costa Rica en el sur, no siempre se tiene claro de qué se está hablando concretamente, particularmente cuando quienes lo hacen son algunos de esos samaritanos europeos y estadounidenses, de nuevo y dudoso cuño, que nos regalan su conmisericordia desarrollada.

Pues bien. Si tomamos la familia de Jorge de Alvarado Contreras, conquistador de Guatemala y El Salvador, y nos preguntamos cuántos presidentes han provenido de su familia, nos encontramos este resultado:

Guatemala - 0  
Honduras - 1  
El Salvador - 2  
Nicaragua - 1  
Costa Rica - 19

Ahora bien, si tomamos la familia de Juan Vásquez de Coronado Anaya, conquistador de Costa Rica, nos encontramos esto:

Guatemala - 0  
Honduras - 0  
El Salvador - 0  
Nicaragua - 11  
Costa Rica - 22

**... No es una casualidad que los Estados Unidos encontraran en Nicaragua un eje particular de poder regional y convirtieran a Anastasio Somoza García en el polizone norteamericano en la región... y a la Guardia Nacional, no en guardiana de una dinastía, sino a los Somoza en una dinastía de guardianes...**

Como se ve con claridad, en el caso de Centro América, contrariamente a lo que se ha dicho en otras partes, la pobreza generó democracia; y la riqueza tiranía.

## 5. La Nicaragua somocista: el eje de poder en el istmo. Orígenes y crisis

El caso de Nicaragua presenta su propia particularidad, y puede decirse que constituye un punto de equilibrio en la región, en cuanto a distribución de los factores económicos de la producción. Allí no ha habido ni escasez ni abundancia de tales factores y eso lo distingue de los otros casos analizados anteriormente. La tendencia que tal situación originó en la clase dirigente fue tratar de hacer dinero organizando la producción; pero asumiendo simultáneamente de manera directa funciones políticas que se extendieron, también, al control del ejército.

Pero, además, Nicaragua tuvo desde la conquista una vocación canalera muy clara, que la hizo apetecible a intereses geopolíticos extranjeros. Detrás de las confrontaciones entre España e Inglaterra, y los apoyos británicos a su posesión en Belice y a los zambos mosquitos en la costa atlántica nicaragüense, estuvo el interés de controlar el paso del Caribe al Pacífico. Las negociaciones entre Inglaterra y los Estados Unidos, la invasión de William Walker y la firma de tratados leoninos con Norteamérica a fines del siglo pasado y principios del actual, responden a esta particularidad nicaragüense. Con lo cual, a la especial situación en punto a los factores de tierra, capital y trabajo en Nicaragua, que hemos analizado, vino a sumarse no sólo el interés extranjero en el país sino la intervención extranjera misma, que marcó de manera permanente y definitiva la evolución histórica y política de dicho país.

No es entonces una casualidad que los Estados Unidos encontraran en Nicaragua un eje particular de poder regional y convirtieran a Anastasio Somoza García en el polizone norteamericano en la región, con un grado de autonomía sorprendente que lo llevó, en algunos casos, a enfrentarse aun a las presiones del Departamento de Estado.

Cuando Somoza controló el ejército primero, y se convirtió en presidente de Nicaragua después; cuando casó con una Debayle, proveniente de una de las familias tradicionales más ricas del país y se le reconoció como el interlocutor de más confianza y seguridad de los Estados Unidos en la región, el dictador nicaragüense no estaba estableciendo simplemente una tiranía latinoamericana más, sino reuniendo el poder militar, el económico, el político y el de representante y guardián norteamericano en la región y constituyendo así con ese poder cuatripartito, el verdadero eje de poder político regional en la América Central.

Los Estados Unidos convertían así, de hecho, a la Guardia Nacional, no en guardianes de una dinastía, sino a los Somoza en una dinastía de guardianes.



Por todo lo anterior, resulta claro que cuando Somoza cayó en 1979 lo que se produjo, además de su derrota, fue el estallido de la crisis del poder en América Central, porque el eje que representaba la dinastía somocista había desaparecido en el istmo centroamericano.

En tales circunstancias, asistimos a un problema político totalmente inédito en América Central. La caída de ese esquema tradicional de poder en esta región, que permitía a Somoza intervenir en Guatemala, Honduras o Costa Rica, actuando y atribuyéndose funciones como si fuera una especie de gendarme centroamericano, inclusive en algunos casos a contrapelo de lo que eran ciertas políticas de los propios Estados Unidos, desapareció irremisiblemente.

Y, como si ello fuera poco, a esa crisis del poder en el istmo se sumaron las crisis endémicas de los otros países de la región.

...El movimiento comunista internacional vio allí una excelente oportunidad de intervenir y valoró correctamente la naturaleza real de los conflictos planteados: en Nicaragua detectó el carácter nacional predominante de la lucha de Sandino; y en El Salvador, el carácter social interno de los conflictos...

En El Salvador, a finales del siglo pasado, las propiedades comunales de los indígenas fueron liquidadas y acaparadas por los grandes terratenientes. Los indígenas salvadoreños vieron de esta manera cómo se les despojaba de sus tierras para acrecentar las de esas familias heredadas de los conquistadores que habían venido a sojuzgarlos a la América Central. Pero, además, con la

crisis de 1930, el campesinado salvadoreño no solamente presencié que las tierras les habían sido expropiadas por estos terratenientes, sino que éstos, en muchos casos, ni siquiera llegaban a El Salvador durante el año, excepto para la cosecha de café. Cuando los precios del café se desplomaron, en la crisis de los 30, los terratenientes salvadoreños decidieron no recoger la cosecha. Entonces esos peones, que estaban trabajando en tierras que habían sido de sus abuelos y que apenas tenían un salario para vivir, se encontraron de la noche a la mañana que hasta esa paga miserable les estaba siendo negada. Fue así como aceptaron lanzarse a una insurrección, que terminó en la masacre de 1932, donde murieron entre 20 y 30.000 salvadoreños.

El ejército aplastó la rebelión, pero la aplastó para que ésta simplemente renaciera con más fuerza 30 años después, potenciada por la explosión demográfica, la diferenciación social y la proletarización de su vida urbana y rural.

En Nicaragua, a su vez, la intervención extranjera, y la dominación brutal de la dinastía somocista, crearon las condiciones políticas, para que surgiera una figura como la de Augusto César Sandino, que inició su rebelión allá en Nicaragua

desde 1927 y que murió asesinado en 1934. Pero es muy interesante, como detallaremos luego, que ya en esta época de los años 30, además de esas motivaciones internas de la sociedad centroamericana, que buscaban nuevas salidas, y nuevos derroteros, se dio la presencia también de intereses externos que querían capitalizar los problemas regionales, propios de nuestros países, en el contexto de una lucha mundial de otra naturaleza.

Es decir, que ya los problemas propios de nuestros países presentaban no solamente una urgente necesidad de transformación socio-política interna, sino también aparecían como un blanco de oportunidad para ser utilizados por fuerzas internacionales, en un conflicto más amplio que el específico conflicto nacional, enraizado en un oscuro pasado colonial, en el seno de cada uno de nuestros pueblos.

Ahora, sin embargo, además de ese universo interno que busca una resolución de carácter histórico, se suma la mencionada crisis del poder regional, la necesidad de proceder a su reconstrucción, en condiciones mucho más difíciles y complejas que nunca antes, pero dichosamente en la perspectiva de que la única manera de hacerlo es en una dirección democrática, soberana y humanista. Veamos por qué.

## 6. Centro América: quien siembra atraso, recoge revoluciones

Los procesos de diferenciación interna de nuestros países han hecho emerger nuevos y nuevos sectores sociales, que tienen sus propias pretensiones y aspiraciones legítimas; que buscan no sólo una satisfacción de sus necesidades materiales y económicas, sino de sus demandas sociales y política. Un universo cerrado, que oprime desde un inicio y para siempre tales requerimientos, que concentra la riqueza y monopoliza en pocas manos el poder político, haciendo el ejercicio de la presidencia, como hasta hace poco en Guatemala, el resultado del ascenso mecánico y culminante del jefe de las Fuerzas Armadas crea todas las condiciones para el estallido social y la protesta popular. Donde las demandas laborales de los trabajadores, la actividad sindical y la organización independiente del pueblo es automáticamente sindicada como comunista, donde hasta las palabras son prohibidas, como cuando Ubico mandó a cambiar el nombre de Jesús Obrero, por Jesús empleado, porque obrero era terminología marxista; donde el campesino sin tierra esconde al descendiente aborigen que padece hambre y maltrato en las mismas tierras comunales de sus antepasados, que el liberalismo del fin de siglo convirtió en gran propiedad privada cafetalera, todos los gérmenes para un inevitable estallido social y político, para convulsiones profundas de carácter histórico están dadas y, como Lázaro ante Jesús, sólo esperaban la voz de mando, ante el sepulcro banqueado que era la paz de cementerio de las tiranías centroamericanas, que les dijera levántense y anden.

Los procesos críticos de la política centroamericana, al corresponderse con factores objetivos, reales, de nuestras estructuras sociales heredadas de un pasado colonial hoy disfuncional y negativo, han mostrado una recurrencia inexorable a través de varias décadas. Y han puesto en evidencia, también, los claros intentos oportunistas del movimiento comunista internacional para utilizarlos en sus propios fines, y muy particularmente en la confrontación planetaria planteada contra los Estados Unidos.

Lo importante aquí es insistir, una y otra vez, que el sustrato donde se ha enraizado el germen de la subversión es objetivo y autóctono, aunque las orientaciones totalitarias son obviamente inoculadas desde el exterior.

## 7. Comunismo y revolución en las sociedades centroamericanas

En el caso de la América Central el primer ensayo de penetración y utilización de las reivindicaciones nacionales se produjo en Guatemala. Sin embargo, el gobierno de Ubico acabó con el intento y los participantes fueron eliminados o expulsados de Guatemala.

Los incipientes movimientos obreros del istmo intentaron formar una organización regional, la Confederación de Centro América (COCA), que, si bien integraba sindicatos de diverso origen y orientación, fue un asidero rápidamente capitalizado por el movimiento comunista, que se aseguró su participación en la Conferencia Sindical de Montevideo y, poco después, en la Conferencia de Partidos Comunistas de América, celebrada en Buenos Aires, ambas en 1929.

Dos situaciones importantes, que habrían de repetirse 50 años después, se producían en la América Central de los años 30. De una parte, la intervención de la marinería norteamericana en Nicaragua y la resistencia armada de Augusto César Sandino en Las Segovias. Y de otra, un complejo proceso de crisis agraria, crisis política y crisis económica en El Salvador.

El movimiento comunista internacional vio allí una excelente oportunidad de intervenir y valoró correctamente la naturaleza real de los conflictos planteados: en Nicaragua detectó el carácter nacional predominante de la lucha de Sandino; y en El Salvador, el carácter social interno de los conflictos.

Ocupándose de Nicaragua primero, donde intentó la táctica de apoderarse del movimiento controlando el líder, la Internacional no intentó seriamente ninguna política coherente, realista y atenta al verdadero interés del pueblo nicaragüense. Allí la Internacional y los hombres que envió, vieron un rentable episodio propagandístico utilizable, como hemos señalado, en otros escenarios y con fines distintos de los específicamente de interés para el pueblo de Nicaragua.

Actuando bajo el organismo de fachada de la Liga Antimperialista, la presencia de Gustavo Machado, de Venezuela, Carlos Aponte, venezolano también radicado en Cuba, y sobre todo del más importante de sus delegados, Agustín Farabundo Martí, que llegó a ser secretario privado de Sandino y coronel de su estado mayor, testimonió pronto la intervención directa de la Tercera Internacional, persiguiendo sus propios objetivos tras las bambalinas de las reivindicaciones del pueblo nicaragüense. Cuando en un momento dado de la lucha, el general Sandino se opuso a pasar a formar parte de las filas de la Internacional y convertirse en propagandista suyo del antimperialismo en Europa, el dirigente nicaragüense cayó en desgracia, fue acusado de traidor, vendido el imperialismo yanqui por 66 mil dólares, pequeño burgués nacionalista, y se convirtió, en la propaganda del movimiento comunista internacional de entonces, de General de Hombres Libres, como lo había llamado Henri Barbusse en su eufórico y famoso telegrama, en el Traidor de las Segovias.

Agotada la veta propagandística del affaire Sandino, la Internacional sacó a su gente y, en busca de otro escenario y oportunidad, trasladó a Agustín Farabundo Martí a El Salvador, lo puso al frente del joven Partido Comunista de ese país, le prometió el apoyo de la primera dictadura del proletariado del mundo para salir del atraso histórico salvadoreño y llegar al socialismo brincándose con tal apoyo la etapa capitalista de desarrollo, y embarcó al joven partido, sus dirigentes y a una impresionante masa de campesinos y trabajadores que le seguían, en la aventura sangrienta de la fracasada insurrección de 1932, que le costó a ese pueblo cerca de 30 mil muertos y un estancamiento y parálisis, en materia de organización y luchas sociales, de casi medio siglo.

Paradójicamente fue en Costa Rica, donde operaba el único partido comunista legal del área y donde la Internacional no tenía mayores contactos orgánicos —según consta de la documentación de entonces, entre la que destaca la correspondencia secreta del entonces dirigente comunista del partido costarricense, exiliado de la dictadura de Gómez, el venezolano Rómulo Betancourt—, donde se desarrolló un movimiento obrero, laboral y popular más fuerte, coherente y eficaz.

Este eurocomunismo a la costarricense combinó con habilidad dos tipos de reivindicaciones: de un lado las propiamente laborales y, en general, provenientes de los sectores de trabajadores, sin excluir las de sectores medios y aun de empresarios nacionales; y de otro, las de ampliación del sistema político y sus correspondientes garantías, para dar cabida a las demandas de esos sectores, que pretendían participar con representantes y organizaciones propias.

Esto convirtió rápidamente el movimiento laboral y de los trabajadores costarricenses en un factor funcional para la democracia nacional; facilitó el desarrollo de las corrientes reformistas en el seno de las clases dirigentes y abrió un amplio período de transformaciones sociales en los años 40, que ampliaron el

clásico esquema constitucional liberal de fin de siglo, con la introducción de un importante espíritu de garantías sociales, adjunto al tradicional de garantías individuales.

Sin embargo, ya en este período se mostró claro que la dirección comunista, por más independiente que fuera de Moscú —como lo fue en ese momento la del partido costarricense, entonces denominado Vanguardia Popular—, tenía características, métodos y objetivos que chocaban no sólo con una realidad que exigía otro tipo de tareas casi incomprensibles para los comunistas, sino con factores geopolíticos de política internacional que pasarían a ocupar, a fines de los años 40, con la guerra fría, un papel relevante y decisivo no sólo en Centro América sino en toda la América Latina.

#### 8. La crisis ideológica y política. Alcances y perspectivas

Es muy interesante señalar, que en América Latina en general, y en Centroamérica en particular, se han ensayado todas las diversas formas ideológicas y políticas que hasta ahora han intentado responder a los problemas del desarrollo y de la necesaria transformación social de nuestros países. En primer término, y Costa Rica es testimonio de ello, se dio la presencia de ciertos sectores que podríamos llamar del socialismo internacional, los cuales, de algún modo a través de Chile, la Argentina y más tarde de México, ejercieron una influencia ideológica en estos países. También se dio la influencia de la propia Internacional Comunista en los años 30; y en esos mismos años surgió el intento de respuesta a los problemas del cambio social en la América Latina, impulsado por el pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, jefe del APRA peruano, que también influiría con Masferrer en El Salvador, Turcios en Honduras, y Figueres en Costa Rica.

**...Esta confluencia ideológica en el continente y sus luchas, planteó una serie de problemas importantes para el futuro desarrollo de nuestros países, sobre todo con motivo de una crisis parecida a la que estamos viviendo hoy, que fue la crisis de los años 30...**

Esta confluencia ideológica en el continente y sus luchas planteó una serie de problemas importantes para el futuro desarrollo de nuestros países, sobre todo con motivo de una crisis parecida a la que estamos viviendo hoy, que fue la crisis de los años 30. Sin embargo, esa crisis se vio interrumpida con la Segunda Guerra

Mundial, y abrió una especie de paréntesis histórico que suspendió esa búsqueda de transformación y cambio al interior de nuestros países, en aras del esfuerzo conjunto para derrotar al eje nazifascista.

Es claro que los problemas no se resolvieron; y no sólo permanecieron, sino que se agravaron, y la necesidad de desarrollo volvió a cobrar fuerza inmediatamente después de la posguerra. Fue de América Latina de donde salió primero la demanda de que la reconstrucción para garantizar la paz, de que se habló en la Carta de las Naciones Unidas, no fuera simplemente para levantar a los países europeos y al Japón, sino que esa reconstrucción económica pasaba por la creación de condiciones para el desarrollo económico pleno de nuestros países. Por eso es de América Latina de donde surgió la idea de la Comisión Económica para América Latina, la CEPAL, que posteriormente tuvo sus homólogos para el Asia y para el África.

En esta búsqueda ensayamos, entre otras cosas, una respuesta al problema de cómo afrontar el problema del desarrollo económico en países en los cuales el capital criollo era débil, tímido y cobarde, incapaz de atreverse a aventuras económicas riesgosas, para usar una expresión de Rodrigo Facio, cuyo nombre lleva la Universidad mayor de nuestro país.

La respuesta se tomó no de ningún texto socialista. Se sacó del pensamiento español y latinoamericano, y planteó la idea de que era necesario suplir la debilidad del capital nacional, con la intervención del Estado. Esa tesis cobró una gran fuerza en Costa Rica, sobre todo porque después de la Guerra Civil de 1948, la Banca y las finanzas, la acumulación, etc., quedaron en manos del Estado. Pero algo similar, se dio en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, aunque de manera distinta y en menor grado. Es decir, que aquí en Centroamérica, nosotros hemos tenido toda una gama de respuestas al problema socioeconómico: la respuesta guerrillera frente a la incapacidad del sistema político centroamericano, guatemalteco, salvadoreño o nicaragüense, para responder a las demandas de su pueblo; la respuesta de un intervencionismo estatal creciente, para tratar de suplir las debilidades del capital nacional y crear condiciones para un desarrollo económico; diversas formas de tiranías, autoritarismo, estatismo y asistencialismo social; y en fin, que hemos ido ensayando una gran cantidad de teorías y concepciones que ahora, en esta crisis contemporánea, sencillamente

han mostrado sus limitaciones y faltas.

**...Nosotros, a diferencia de otros países, necesitamos una economía fuerte y en desarrollo, no sólo para satisfacer las necesidades de nuestros pueblos, sino para preservarnos como naciones soberanas, independientes, con nuestra propia fisonomía cultural y nacional...**

Durante muchos años, en América Latina las fuerzas políticas que buscaban el cambio social se preguntaron cuál era su naturaleza, cuáles fuerzas estarían a favor, cuáles en contra y en qué consistiría la

transformación. Fue así que se ensayaron las teorías según las cuales la revolución en América Latina debía ser directamente socialista; también las tesis de los que

creían que la revolución que había que reproducir en América Latina era el mismo tipo de revolución que se había dado en los Estados Unidos, y en Europa, aunque en realidad esto nunca se intentó en serio. También durante los años 60, los latinoamericanos tuvimos que presenciar el grave problema, progresista y busca justificaciones en las necesidades de importantes capas de la población, éste ha ido siendo cada vez más disfuncional hasta convertirse en un peso muerto sobre los hombros de los propios trabajadores. Y esa burocracia, que habla en nombre del interés social, está pegada a la espalda del trabajador que, si produce, le succione la riqueza, y además lo hace aceptar algo absolutamente inaceptable, que ya se ha dicho aquí en Costa Rica, consistente en que en cuanto esa burocracia tiene ganancias, las privatiza; pero en cuanto tiene pérdidas, las socializa.

Por otra parte, es vital no caer en las tentaciones totalitarias. Las sociedades centroamericanas y el caso de Costa Rica así lo testimonia privilegiadamente, pueden lograr un mejoramiento de la salud del trabajador y del pueblo, incrementar su preparación y educación, y disminuir radicalmente los índices de mortalidad y analfabetismo, sin necesidad de sacrificar la libertad del ciudadano, su facultad de libre expresión, la posibilidad de discusión y participación real con sus propias opiniones y su propia percepción del mundo, en la decisión de los asuntos públicos.

Por otro lado, tampoco podemos aceptar el proliberalismo pinochetista, que hemos visto a qué conduce y que supone que no debe haber sindicatos, ni partidos políticos, ni organizaciones populares; que cree que el poder supremo y la soberanía residen en las armas y no en el pueblo y que en consecuencia sería necesario crear situaciones absolutamente ficticias e imposibles, para que ese modelo pudiera funcionar sin desnacionalizar la economía.

Porque nosotros, a diferencia de otros países, necesitamos una economía fuerte y en desarrollo, no sólo para satisfacer las necesidades de nuestros pueblos sino para preservarnos como naciones soberanas, independientes, con nuestra propia fisonomía cultural y nacional.

## 9. La única salida: la nuestra

En estas condiciones resulta claro que América Central tanto los intentos de trasplantar experiencias extremistas de izquierda o de derecha, como de homologar los objetivos y métodos políticos para impulsar el desarrollo económico y social, han terminado en un rotundo fracaso. Todas las corrientes de pensamiento histórico han tenido en esta área del planeta su oportunidad de probar la terrenalidad de sus efectos. Y, para evocar la figura de madame Bovary,

tanto en las constituciones como en los sistemas políticos, y en las auto-definiciones ideológicas y sociales, el resultado ha sido un bovarismo generalizado que toma los propios deseos por realidades, hasta la paradoja. Somoza era liberal y todas las constituciones centroamericanas estatuyen la garantía a las libertades laborales y civiles y a los derechos humanos fundamentales.

La realidad, como queda dicho, ha seguido otro rumbo. Pero ha tenido la virtud de mostrar, luego de crisis recurrentes y sangrantes, que ha llegado la hora de una primigenia responsabilidad para los centroamericanos. Esta consiste en la obligación de pensar nuestros problemas, con nuestras propias cabezas y encontrar nuestras propias respuestas. No quiere decir esto, desde luego, que haya que negar la cultura universal ni la universalidad del pensamiento social, científico y político moderno. Todo lo contrario. Lo que quiere decir, es que ha llegado la hora de asir lo esencial de tales aportes, romper con los manuales elementales y con el calco mecánico, privilegiar los aportes heurísticos de la cultura occidental y confrontar los mesianismos y dogmatismos paralizantes y retrógrados, que pavimentan la ruta de las tentaciones totalitarias.

La presencia en la región de fuerzas que implementan a nivel regional políticas expansivas de superpotencias, que nada tienen que ver con el destino de nuestros pueblos; la pretensión de convertir las cinco repúblicas en escenario de la confrontación Este-Oeste para atacar a los Estados Unidos desde la vital cuenca del Caribe, constituyen un primer factor que debe ser combatido en todos los órdenes fundamentales de la actividad nacional: en lo político, en lo ideológico, en lo económico y en lo social. Pero también, y de manera esencial, aunque desde luego obviamente no única, desde el ámbito militar. Los enemigos del desarrollo democrático, independiente y soberano de los pueblos centroamericanos, deben tener la certeza de que sus movimientos estratégico-militares no quedarán sin respuesta y que en esta área no hay más un vacío de poder, sino la gestación de una nueva alianza democrática regional, que no permitirá la filtración que se produjo en el pasado, por los intersticios de confusión y ausentismo que caracterizaron a la administración Carter y la proliferación de militares de opereta en su figura y ángeles exterminadores de todo centro democrático en su función.

Pensar con nuestra cabeza significa también actuar conforme con nuestras realidades. Algunos creen que porque hablan, piensan y que porque piensan, hacen. Ha llegado la hora de unir las palabras a lo que realmente se piensa; y lo que se piensa, a lo que realmente se hace. El factor fundamental de la

**...Ciertamente, requerimos ayuda; y nadie que ame la libertad del hombre y confíe en el destino común que nos une, puede negarse a darla. Pero esa responsabilidad esencial es intransferible y nos pertenece por entero...**

credibilidad, y por ahí de la fuerza moral que indispensablemente precede al espíritu de sacrificio, a la mística democrática y a la



voluntad de cambio, es lo que está en juego.

Porque estas sociedades no pueden volver a un statu quo con que todavía algunos sueñan, en nombre de una tranquilidad que hacía campear en el agro a los señores de horca y cuchillo, y que garantizaba la paz social con el aplastamiento de las mejores reivindicaciones de justicia distributiva y progreso social y cultural. Esa etapa, directamente procedente de la conquista y la colonia, que en su realidad lacerante hizo ilusorios los mejores postulados del Iluminismo francés y de la gran Revolución Americana, puede y debe ser superada. Esas estructuras deben transformarse en un movimiento de cambio único, simultáneo, desde arriba y desde abajo, para desarrollar tanto la economía, en un sentido nacional y regional, moderno y avanzado, como la educación, la cultura y la sociedad, para crear un nuevo hombre, eje básico de una vida en libertad y democracia.

Francia hizo su revolución contra un "ancienne regime"; los Estados Unidos hicieron la suya contra una dominación colonial opresiva e injusta. Nosotros tenemos también un ancienne regime y los resabios interiorizados de un colonialismo interno que urgen una transformación profunda.

La lucha por la democracia en Centro América tiene, por eso, un contenido mayor que el de sólo las elecciones libres, que siguen siendo, sin embargo, la piedra de toque de cualquier sistema que pretenda llamarse democrático. Pero en nuestro caso, democracia significa superar un pasado semifeudal, de atraso, ignorancia y miseria; de superconcentración de la riqueza y de ausentismo irritante de las clases dirigentes; supone educación e integración al proceso de trabajo no como mesnada recogida en leva, sino como hombres libres que buscan su felicidad a partir de su esfuerzo y contribución al bienestar colectivo y el desarrollo de la producción.

Para esto no hay recetas generales. Cada pueblo debe encontrar su propia ruta y es su responsabilidad hacerlo lo mejor posible y de acuerdo con sus específicas condiciones de desarrollo histórico. No es responsabilidad de los Estados Unidos o de Francia, de Inglaterra o de Alemania, el establecer aquí la democracia. Es nuestra propia y auténtica responsabilidad al hacerlo en la medida de nuestras fuerzas.

Ciertamente, requerimos ayuda; y nadie que ame la libertad del hombre y confíe en el destino común que nos une, puede negarse a darla. Pero esa responsabilidad democrática esencial es intransferible y nos pertenece por entero. Al fin, sólo tiene derecho a llamarse libre el pueblo que está dispuesto a renunciar a su bienestar material, a pasar las vicisitudes del sacrificio, e incluso a morir, por conquistar y defender su derecho inalienable a ser libre.

Sin totalitarismo y sin retorno al pasado; por una democracia avanzada y por el desarrollo integral de nuestros pueblos, debe ser nuestra consigna. Porque el lograrlo es responsabilidad intransferible de nosotros, los que hemos nacido y tenemos nuestro destino, en esta "dulce cintura de América". ■